

ciones que se despueblan por los vicios y la corrupción. Esa es su obra. Por último, los milagros de Lourdes son milagros del inicuo invisible, traídos por el infierno y permitidos por Dios para que sepamos que hay un más allá que no vemos con los ojos, pero desde donde se dirige la máquina del mundo. »

Me despedí, no sin cierta inquietud.

Era ya la noche.

Un tranvía eléctrico pasó ante mi vista. Subí y parí.



CAPILLA ALFONSINA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

dignidad en las manifestaciones monumentales, serena majestad en la naturaleza. Es explicable en estas gentes confiadas en sí mismas, el ímpetu a la dominación, la necesidad leonina; porque no es el leopardo, sino el león del escudo el que, sobre la isla, vuelve la mirada a los cuatro puntos del horizonte.

Esta gente va, va. ¿Adónde va? Adelante, más adelante. Lo dicen en sus divisas, en sus proloquios, cortos, porque no son verbosos como nosotros los latinos, raza de retores. Y lo hacen. País de rapiña, se dice; tanto peor para los que no puedan resistirle y caigan bajo su zarpa... Esta gente va, va.

Gallia causidicos docuit facunda británnos;

pero no son pródigos en sus palabras ni de gestos, como el vecino de enfrente; van a lo que consideran indicado por su deber; su deber les dice ser vigorosos, crecer, engrandecerse más y más; y es el caso que desde ese navío anclado se tiene en jaque al mundo. Sin entrar a las pedagogías de M. Demolins, no es difícil explicarse que ese vigor colectivo viene del ejercicio de la energía individual. Ser hombres; ese es el oficio de los ingleses. *This was a man* es elogio shakespeariano. En ninguna parte se amacizan por igual cuerpo y espíritu como en la Gran Bretaña. La conciencia propia y particular ha creado la conciencia nacional y común. El orgullo norteamericano tiene aquí su origen, y las recientes fanfarronadas del millonario Carnegie, metido a periodista, debían haber comenzado por esa profe-

sión. Pero el yanqui, como buen advenedizo—advenedizo colosal, es cierto—, es rastacuero y exhibicionista. El inglés es silencioso y guarda su íntimo conocimiento y convencimiento. Su *respectability* forma parte de su coraza. La raíz celta y la raíz anglosajona nutrieron de savia concentrada el tronco nativo; y desde la heptarquía hasta la dominación danesa y la conquista normanda, se fué desarrollando el árbol de Guillermo, que fué el árbol de Isabel, que fué el árbol de Victoria. No sabemos que exista aún acero para hacer un hacha que pudiera cortarle.

El inglés, generalmente, es fuerte y grande, bien musculado, de movimientos ágiles y seguros; pero no se crea que todo el mundo es en Londres coloso. Fuera de los *policemen* y de magníficos ejemplares de la raza anglosajona que sobresalen, el tipo medio es de un equilibrado desarrollo. Mas una cosa he de advertir: la inglesa fea de las caricaturas y la elegancia que siguen los anglómanos del extranjero, también un poco y hasta un mucho caricatural, son para la exportación. Sí, he visto en mis viajes de Italia, de España, de Francia, las caravanas de la agencia Cook, con muestras de la más exquisita fealdad; pero en Londres no he dado un paso sin encontrarme con deliciosas figuras de mujer; de un particular atractivo y dignas de ser incontinenti madrigalizadas y amadas. En cuanto a la *fashion*, en lo que he advertido, se sigue a la letra por los verdaderos *gentlemen* el principio aristocrático de Brummel: La elegancia suprema consiste en no hacerse notar.

El sentimiento de la dignidad personal y el respeto de sí mismo, son innatos en todo inglés. Esto obliga a la reserva. Cada inglés es isla. En su unidad y solidaridad moral, nada tiene el país soberbio que envidiar al mundo. Es dueño de Shakespeare y del Océano. Impera el oro en la tierra; los norteamericanos hablan de sus millonarios... Bastará nombrar a este imperial Beit, jefe de la casa Verner, Beit and Co., propietario de la mitad de las minas del Africa del Sur, y, sobre todo, las de Kimberley...

Algunos agudos espíritus han creído ver en el coloso los síntomas de una decadencia. Es el efecto de la residencia tenaz de las repúblicas africanas. W. H. Darvey, en el *Mercure de France*, y Andrew Carnegie en la *Nineteenth Century*, han presentado razones y datos que traerían por consecuencia la disminución del antiguo poderío, la constancia de un desmoronamiento en la base del secular edificio. La marina, que antes se creía invencible, estaría hoy, según datos técnicos y estadísticos, en condiciones que dejan mucho que desear; el comercio, en merma; el poder militar, impotente para decidir de una vez la cuestión boer. Durante las guerras de Napoleón, dice el almirante Seymour, con un gran genio como Nelson a la cabeza de nuestra marina, sabéis qué dificultades no tuvo para descubrir aun las idas y venidas de sus enemigos; sabéis que, a despecho de su infatigable vigilancia, Napoleón logró escaparse de Egipto después de la destrucción de su marina en el combate del Nilo; recordáis las luchas desesperadas de Nelson en el gobierno, a propósito de la

falta de barcos y de hombres; y todo eso con el mayor genio conocido para el mando. ¿Creeréis que nuestra marina en esa época era igual y aun un poco superior a la del resto de la Europa reunida? ¿Y a qué iguala nuestra marina actualmente? ¡Apenas a las Francia y Rusia combinadas! ¿Y dónde está el Nelson, en estas condiciones mucho más difíciles? Es un estado de cosas que debe hacer reflexionar. Y los calculadores, alarmados de la oposición, claman a los imperialistas tenaces el peligro económico. El comienzo de la época victoriana no fué copioso a este respecto. El tesoro inglés padecía las consecuencias de las guerras que turbaron los albores de la pasada centuria. Mientras en las altas regiones se verificaban los apuros, descendían sobre el pueblo los aumentos de impuestos, que eran recibidos con las protestas consiguientes. Así la situación al advenimiento de la difunta reina. Por muchos esfuerzos logrados no se mejoró ese difícil estado de cosas hasta el año 45, más o menos. Se realizaron economías, y la deuda pública fué suavizada en los últimos años.

Mucho tiempo—casi todo el reinado de Victoria,—la cordura vigiló la hacienda, con escasos intervalos, hasta el año 97, en que empezaron nuevos y extraordinarios gastos. Calculad con algunos datos sobre lo que se ha aumentado nada más que en el ramo de guerra y marina. El año de la coronación de la reina Victoria, 1837, los gastos de guerra y marina eran algo más de 300.000.000 de francos. Cincuenta años después han subido ya a 762.500.000 francos. Hay que advertir, naturalmente, que las

fuentes de entradas crecieron en igual relación o algo más. Diez años después se ve aumentado el mismo presupuesto a más de mil millones. Después, en este último tiempo, ha llegado a 1.575.000.000

Así los impuestos se han multiplicado. Hace menos de diez años eran de 1.875.000.000 de francos y este año han subido a 3.050.000.000. Sin contar los gastos de guerra, esa suma apenas basta para llenar el presupuesto ordinario del país. Los prudentes se miran con temor, pensando en que las tendencias, tanto en el Parlamento como fuera de él, van a mayores empresas. El imperialismo pide sangre y oro, ¡Pero son tan fuertes estos hombres!

Entretanto, Chamberlain cuida sus orquídeas. Roberts es colocado en el sentimiento popular entre Marlborough y Wellington, y al nuevo *Iron Duque* se le regala un buen por qué de libras esterlinas, juntando a la gloria el sentido práctico. Declara Kitchener fuera de la ley a los boers aún resistentes. El *hard man* demuestra que es el *steel lord* y que merece serlo. Y el rey Eduardo, que parece decir como su antecesor Enrique IV, en el drama tan bellamente vertido por Cané:

I have long dream'd of such a kind of man
So surfeit-swell'd, so old, and so profane;
But being awake, loide despise my dream,

se prepara medioevalmente para su coronación del año entrante—lo que no le impide seguir siendo rey de la moda y partidario del automovilismo.

Encuentro por las calles de Londres soldados vestidos de kaki, con la flamante medalla que acaba

de colocarles en el pecho el rey Eduardo. Parece que su majestad cuida de llevar bien la corona como el «ocho reflejos». Así sea.

Interesante monarca el rey Eduardo. Se creía, antes de morir la reina Victoria, que al pueblo británico no sería simpático el reinado del célebre príncipe de Gales. Una vez éste en el trono — *When thou dost appear I am as I have been...* — se ha visto que todo ha continuado de la misma manera. El rey, aclamado y querido, ha enterrado al ruidoso calavera de antaño. Él ha entrado en su papel, y puede decirse que es un digno soberano de su nación. Cada rey tiene el reino que merece. Guillermo II es estudiante y vive casi siempre en ópera wagneriana; Alfonso XIII acaba de presentarse por primera vez en el coso madrileño y ha sido aclamado por la tauromaquia nacional; Inglaterra, «país tradicionalista y práctico en que la decoración de la vida social yuxtapone armoniosamente vestigios de arte gótico a construcciones de usina», está muy satisfecha con un rey que viste púrpura, armiño y oro, se coloca en la cabeza la corona de los viejos monarcas, ante su parlamento animado de fórmulas y ceremoniales, y luego, con un habano en la boca, se va en su automóvil, en menos de una hora, de Londres a Windsor; visita el yate que ha de disputar la copa a los yanquis, o se interesa por sus caballos Diamond Jubilee, Ambusch o Persimmon. Ese rey sporman es grato a su país de sportmen, es amable para los ciudadanos que gustan del tiro al blanco en Bisley, del remo en Henley, de las carreras en Ascot o en Epsom. El *corpore sano* de los universitarios, es una

de las causas de la robustez, de la salud de la nación. Como algunos de nuestros repúblicos americanos, como algunos de nuestros directores de pueblos, el rey se interesa por las razas caballares, gusta de los ejercicios físicos, pero sabe su Shakespeará admirablemente, entiende de arte a maravilla, y puede consultar su Homero en griego y su Horacio en latín, como os lo certificarán sus compañeros de Oxford y de Cambridge.

No es Eduardo un príncipe guerrero. Llega ya tarde al trono y mal sentarían aires marciales y feroces al *arbiter elegantiarum* de los reyes y al rey de los gentlemen. El gran país de presa es odiado en la tierra toda; y ese odio se ha agriado más por los recientes sucesos africanos; mas es casi cierto que si el rey de la Gran Bretaña se presenta en esa misma Francia recelosa, será, como en Italia, acogido con la misma simpatía que la poderosa anciana imperial que pasaba con sus hindús y su burrito. La reina Alejandra, por su parte, es digna del cariño de sus súbditos y del respeto de los extraños. ¿No es acaso la princesita que cosía modestamente en compañía de su hermana, una zarina futura, en días de escasa fortuna en Copenhague? ¿No es la culta doctora en música de la Universidad de Irlanda? Y sobre todo, ¿no posee un carácter sencillo y amable desde la altura en que acompaña a su marido y no sabe adornar de suave majestad la gracia encantadora de su belleza? En Sandringham como en Malborough Palace, ha sabido ser una ejemplar señora, y en la corte de su suegra una ejemplar princesa.



II



MIENTRAS Waldersee se ponía en camino de Pekín a Berlín, tuve ocasión de ver en París y en Londres sendas pantomimas en sendos circos, en los cuales se representaba la guerra de China. Había chinitas preciosas y chinos muy ridículos y feos, y bizarros y bonitos oficiales de Europa que les quitaban las muchachas a los chinos y *aínda mais* les daban palos; había batallas con música y fuegos vivos, en que los chinos cobardes salían corriendo y los soldados de Francia cantaban la Marsellesa y se tomaban un fuerte; soldados ingleses con la chaquetilla roja; marinos rusos muy grandes; oficiales americanos son sombreros de conwoy y enorme revólver; italianos coronados con colas de gallo, y japoneses menudos que, ni carne ni pescado, hacen el caucásico sin dejar de ser el mongólico. De todo ello resul-

taba que los celestes son un pueblo bárbaro e infeliz al cual hay que descuartizar en provecho de nuestro glorioso Occidente.

De esas farsas pintorescas, pirotécnicas y filosóficas me acordaba al ir por Witechapel a ver la exposición china que se halla abierta en la Art Gallery del barrio de *Jack the Ripper*. Fijaos bien, lectores; es el barrio del destripador, el barrio terrible, y voy a él, no a la taberna a ver a los asesinos, sino a una galería de arte, en donde se exponen objetos raros, curiosos y preciosos que enseñan mucho de la vida y del sentido artístico del imperio chino. Así, pues, el barrio que os imagináis poblado de gentes dantescas y en donde, en efecto, se encuentran como en otros puntos, por ciertas callejuelas, pobres diablos y diablasas ebrios, posee lugares de estudio y de cultivo espiritual y organiza exposiciones que no podemos tener nosotros. ¿Por qué? Porque aquí la iniciativa particular se emplea en obras que aprovechan a la cultura común. Y esta exposición, por ejemplo, que se sostiene con lo que los visitantes quieren dejar, unos pocos céntimos, si gustáis, se realiza porque asociaciones religiosas o bancarias como la British and Foreign Bible Society, la London Missionary Society, la Hong-Kong and Shanghai Banking Corporation, y personas como lady Hannen, lady Hart, sir Walter Hillier, sir William Des Vœux, sir Claude Macdonald y otros, han enviado objetos y cuadros de que son propietarios y que constituyen la exhibición. La entrada no cuesta nada, y, como he dicho, el que quiere deja algo para los gastos de sostenimiento. Allí se dan lecturas que

explican el significado de muchas cosas, y, ya sea con intención conquistadora, ya con deseo de divulgar conocimientos, se hace ver lo que es esa inmensa nación asiática que, o será comida o comerá, según lo han de ver los años.

El local de la exposición no es muy extenso, pero en él se contiene notable cantidad de objetos y documentos del celeste imperio. Ya estaréis pensando que algo de todo eso habrá sido comprado y mucho perteneciente al botín de las tropas que demostraron en la tierra de Lao Tseu la dulzura de nuestra civilización. Desde luego, veo una bandera imperial, de riquísima seda amarilla, con caracteres que me hacen envidiar los conocimientos de madama Judith Gautier, o de Alexandre Ular. Según los datos del catálogo, esta bella pieza fué tomada en 1900 en los fuertes de Shan Hai-Kuan, por sir Walter Hillier y 18 soldados, aunque los chinos que los ocupaban eran 5.000.

Paso ante maniqués vestidos de truculentos guerreros, ante la Puerta de los Espíritus, y cuadros y fotografías que representan escenas de la vida china, y un gran mapa de Asia, en el cual está bien señalada la región celeste, como un plato que habrá que dividir, tocando la mejor parte, a no dudarlo, a estos terribles importadores de misioneros y de opio... Hay rollos decorativos con representaciones religiosas y un par de «paraguas de diez mil nombres», paraguas de honor. Esto merece su explicación. Cuando en China se quiere honrar notablemente a una persona, se le regala un gran paraguas de seda, en el cual van bordados o escritos los nom-

bres de los donantes. Cuando muere el personaje a quien se ha regalado tan extraño presente, éste se lleva en el entierro. ¡El paraguas de honor! Cedo el dato gustosamente al lápiz de Mayol. Veo un dormitorio, en el cual una cama construída y ataraceada en Ningpo. Es una cama de lujo con cobertores de finas telas, y que me enseña cómo los ricos chinos no usan colchones, sino mullidas colchas. De todos modos, no debe ser muy cómodo dormir en cama semejante. Una mesita hay cerca, para jugar al ajedrez, y dos sillas, todo incrustado con habilidad y gusto completamente orientales.

Hay muestras interesantes del arte pictórico chino; sus faltas de perspectiva, la manera singular de ver los objetos, en planos contradictorios, choca desde luego; pero no hay que olvidar, que como dice una conoedora, Mrs. Little, «antes de que Giotto naciera, los chinos pintaban la figura humana como no pueden hoy hacerlo». Y cuenta esta misma señora que en la ciudad de Chung-King, ha conocido un pintor de flores maravilloso, que vende sus pinturas... por centímetro cuadrado, por decirlo así.

Las lacas son variadas y valiosas, y hay ejemplares de la rara laca roja de Soa-Chow, cuyo secreto de fabricación se perdió cuando el incendio de aquella ciudad, devastada en la rebelión Tai-Ping de hace cincuenta años. Imcomparable de riqueza los bordados que hay en ropas femeninas, — muy parecidas por otra parte a las masculinas. Y los rollos suceden a los rollos, y las banderas amarillas a las banderas amarillas. Luego vienen fotografías de

los templos, confucistas, taoístas y budistas. A los taoístas se debe principalmente el extremo culto a los antepasados, que los chinos tanto conservan y defienden. Ya recordaréis la amenaza de las potencias, en tiempo de la última guerra, de hacer desenterrar los huesos de las antiguas tumbas imperiales.

Veo fotografías de bonzos y objetos pertenecientes al culto, y reproducciones de ídolos e ídolos legítimos. Allí está el dios del Fuego, el dios del Mundo Inferior, el dios de la Música y el feo dios de la Guerra. Sabido es que los chinos miran con gran desdén la carrera de las armas, así como reverencian altamente la de las letras. Quiera Dios que continúen con tales ideas, pues ya os imaginaréis qué pasaría con el inmenso pueblo bien armado, jingofista e imperialista, y con muchos Rud-Yard-Ki-Pling, cantando la conquista y el exterminio de los bárbaros de Occidente.

Buda, en bronce y madera, entrecruza sus piernas como un sastre y expresa el éxtasis; la virgen Kwan-Yin está, madona amarilla, cercada de raros candeleros y aun más raros incensarios. Junto a un vaso de bronce *cloisonné*, vése una antigua pintura que representa a Buda y que proviene de un convento de lamas tibetanos. Figuras mil en papel de arroz; y vestidos de la clase pobre; pinturas al óleo hechas hace más de cincuenta años—, los japoneses han creído innovar al presentar las suyas en la pasada exposición. Luego, maniques de cera vestidos de seda, figurando actores y juglares; y modelos de juncos con sus velas cuadradas. Es de notarse la colección de acuarelas de asuntos chinos, paisajes,

vistas urbanas, edificios que presenta miss Gordon-Cumming. Maravillas de habilidad se confunden, hechas de plato o marfil, cucharas, pimenteros, junquitos, cajas, pipas; y al lado tejas amarillas de la tumba de los emperadores Ming; incensarios de bronce labrados finamente, y que representan monstruos como el Ki-lin. Un magnífico vaso de cristal de roca parece extraído de un palacio miliunano-chesco. De tiempos anteriores a Cristo son los vasos sagrados que figuran cabezas de dragones y varios monstruos, y hay un precioso vaso de sacrificio, de oro y plata, de la más extraña y bella orfebrería. Y bronce, y más bronce, de pagodas, de palacios, de monasterios. Es también de raro valor la colección de jades labrados.

No es muy curiosa la de monedas modernas, como el papel moneda antiguo. Los chinos, como sabéis, lo usan desde hace muchos siglos. Marco Polo comienza uno de los capítulos de sus viajes, al hablar de un lugar que visitó: «Los habitantes de esta ciudad son idólatras y usan papel moneda».

La parte relativa a la imprenta es de interés, sobre todo para un hombre de letras. Hay muchos libros viejos impresos en planchas, y hay impresiones modernas hechas con caracteres móviles. Llama la atención el sello imperial, un sello enorme, con grandes caracteres, que deben significar las virtudes y potencias del Hijo del Cielo. Y tres números del decano de los diarios del universo: la *Gaceta de Pekín*. Al lado véanse carteles, invitaciones en enormes tarjetas o en trozos de rica seda, y un libro de caja de lo más extraño.

Hay instrumentos de música. Conocéis la anécdota del embajador chino, que creyó lo mejor de la ópera el momento en que la orquesta templaba sus violines. Y de mí diré que los músicos chinos que he oído en los teatros celestes de la Habana y otros lugares, no me han entusiasmado. Pero eso debe ser cuestión de costumbre y de iniciación... Porque si no, no podría haberle pasado lo que le pasó a Confucio. Este filósofo se conmovió una vez tanto con un trozo musical de su país, que no probó un bocado de carne por tres días seguidos. Y eso que la escala china se compone solamente de cinco notas; los instrumentos pueden ir en tonos desacordes; sus melodías van siempre al unísono, y otras tantas condiciones que a nuestros gustos no sientan bien. Aquí veo violines bicordes; la especie de órgano llamado *cheng*, un laúd de diez cuerdas; címbalos que acompañan en los templos las plegarias.

Y más perfiles y más jades, con decoraciones de leyenda y de pesadilla. Aquí está en jade el Ki-lin, cuerpo de ciervo, cola de zorro y cabeza de unicornio. Saludo la tumba de Confucio representada en miniatura, y admiro al pasar las porcelanas, ya antiquísimas, ya de fabricación no tan lejana en el tiempo. Se recuerdan versos de Gautier y de Hugo, y al emperador Houng-Li, bajo cuyo poder se descubrió el arte de esta exquisita alfarería, y al emperador Wac-Li, bajo cuyo poder se escribieron unos versos que deben ser muy hermosos, y en los cuales se nombra por primera vez la porcelana. Se miran piezas de todas formas y de varios colores, so-

bre todo un vaso de la dinastía Ming, cuya arquitectura y adornos son de la más exótica elegancia y gracia. Hay representados varios caballeros y emblemas budistas como el parasol, que significa el honor; dos peces, que significan la abundancia; el loto, que está dedicado a Buda, y otras tantas cosas más. Y una tacita preciosa, con los más brillantes colores; y varios pequeños vasos, con mariposas, con pájaros, con flores, de la más delicada pasta y del más admirable tono.

No acabaría en muchas páginas, si me detuviera a admirar tantas cosas que revelan en aquellas almas extrañas una comprensión y una observación de la vida y de la naturaleza, que no es propiamente para tratarlas de salvajes e irles a incendiar sus palacios y casas y a robarles sus tesoros y asesinarles sus niños. ¡Sus niños! He visto retratos, fotografías encantadoras de chinos chicos y de chinas adolescentes, bellas, bellísimas en su gracia singular de seres como venidos de otro astro, de seres misteriosos que tienen otras sensaciones y otro concepto de la vida que el que con nuestra civilización nos hemos hecho nosotros.

Tés y plantas odoríferas, sedas, ceras, esmaltes, metales, ricos trabajos por artistas de manos ágiles y como aéreas líneas que han trazado esos dedos sutiles y visto ojos como de pájaros; arquitecturas de cuento, paramentos de cuento, casas, cosas, ideas, manifestaciones de gentes de fábula, almas antiguas como el mundo, ¿no es más bien un lugar de paz y ensueño, esa China noble y poética que se ha ido a despertar a cañonazos?



III



PARTÍ rápido a Dunkerque. De Brujas, toda paz, toda quietud, espiritual y natural, a Dunkerque, en donde se colgaban todos sus escabeles los actores de la comedia patriótica, en una danza de naves, con música de cañones y Mariana recibía con su más amable sonrisa y hacía su mejor reverencia al dueño del Oso. Decir las durezas de mi viaje, las apreturas en las estaciones de ferrocarril, la falta de correspondencia de trenes, los roces horribles de las aglomeraciones, las difíciles comidas en los restaurants, la cama por ochenta francos en cuartos compartidos, lo fabuloso del tupe cocheril y otras cosas que deseo echar en olvido, sería historia amarga y larga, sin contar con la demanda de papeles por la policía a cada instante, y la imposibilidad de poder acercarse a mirar la faz de los autócratas cuando éstos pa-